

# El Mago Oscuro: Relato de una vida difícil

Manuel Sepúlveda

EL MAGO  
OSCURO

RELATO DE  
UNA VIDA  
DIFÍCIL

MANUEL SEPÚLVEDA

# Capítulo 1

Había sido una noche lluviosa y particularmente oscura en un pueblo remoto de Alemania, cercano a Stuttgart. La niebla cubría las calles, pero eso no impedía que la gente se divirtiera y transitara como si fuera pleno día. Los festivales de aquel inocente pueblo estaban en pleno apogeo y toda la gente acudía al centro a celebrar aquellas fiestas, las cuales, se habían originado en los años oscuros; la Edad media, para ser precisos. Los ciudadanos celebraban la caída del régimen de brujas que había aterrorizado al pueblo siglos atrás. Todas las brujas quemadas, degolladas y ahogadas. Incluso con los poderes sobrenaturales que poseían, ninguna pudo salvarse. El pueblo fue bendecido en su totalidad y junto con sus caballeros de hierro, se levantaron y aparecieron en el mapa.

Muchos siglos han pasado después de esto, las brujas restantes o descendientes de las mismas se escondieron en cuevas, esperando morir; otras, se suicidaron, no queriendo ser asesinadas por "mortales"; otras simplemente renunciaron a su magia y vivieron una vida normal. Hoy en día, el alcalde, un hombre supersticioso pero altamente creyente, no le da importancia a la historia de las brujas, diciendo que "solo son cuentos de niños, la única bruja que conozco es mi ex esposa." Definitivamente no era un hombre muy listo. Solo le interesaban las tradiciones porque significaban una fuente de ingreso espléndida para él y su gabinete; además, la gente está feliz, y mientras esa gente tuviera dinero que fuera a sus bolsillos, estaba perfecto.

Todos hablaban de brujas, pero, ¿Qué hay de los magos? ¿Los grandes hechiceros? Ellos también fueron asesinados, pero la mayoría de ellos fueron cobardes y renunciaron a sus poderes para convertirse en adivinos, gitanos, y demás personajes. El último hechicero famoso fue Rasputín, pero hasta el pereció ante el terror humano. Los magos y hechiceros ahora eran cosa de fantasía.

No muy lejos del centro, un hombre con gabardina negra, camisa rayada y sombrero elegante caminaba lentamente con la cabeza gacha. Vincenzo, un mago oscuro que se había congelado a sí mismo para evitar envejecer y claro, ser asesinado. Nacido en Italia a inicios de la Edad Media, sus poderes eran naturales, heredados de su padre Trujin y su madre Scarlett, ambos magos, hechiceros, o como quieran referirse a ellos.

Desde una edad temprana, Vincenzo aprendió las artes oscuras, y combatió contra los temibles humanos que horrorizaban a la orden de hechiceros a la que su familia pertenecía. No era el más brillante, pero ciertamente tenía control sobre sus poderes. Bueno, no del todo.

Un buen día se decidió a practicar el hechizo más difícil de aprender para un hechicero: Muerte. El pobre lo había logrado, pero su cuerpo débil no pudo sostener el hechizo en sus manos y salió disparado hacia su madre. Su padre, al ver tal acción, desterró y dio caza a Vincenzo por muchos años, hasta que finalmente pudo encontrar paz, lejos de su familia. Jamás volvió a ver a su padre.

Vicenzo decidió congelarse en cristal y despertar hasta que no quedará ni un solo hechicero verdadero en la Tierra, y ese día, había sido hace 4 años. El mago italiano despertó y se encontró en un mundo demasiado diferente controlado por humanos y una paz que le aburría. Nunca tuvo deseos de perturbar aquella paz, simplemente le agradó el nuevo mundo y decidió vivir en él.

Hasta hoy, su vida había sido particularmente...extraña.

Vicenzo llegó a la puerta de uno de sus bares favoritos, solo que esta vez no se encontraba feliz.

Pedazos de concreto, hojas, vidrios y demás objetos salían disparados conforme Vincenzo avanzaba. Estaba enojado, enfadado, con impotencia. Su poder se expresaba de mejor manera cuando se veía envuelto en ira.

Entró al bar, sin olvidar controlar sus poderes antes de entrar, ya que llamaría la atención. Se sentó y saludó a su amigo el barman, Heinrich.

—¡Hey Vince! ¿Qué tal?

—Hola Heinrich...

—¿Te sirvo lo de siempre? ¿Un buen tarro de cerveza?

—Esta vez no...Dame un escocés doble, en las rocas

Heinrich notó la expresión de Vincenzo.

—¿Todo bien amigo? ¿Qué sucedió? —Heinrich comenzaba a servir la

bebida del mago.

—Ese idiota... ¡Me despidió!

—¿El del cementerio?

—¡Sí! ¡Al parecer hacer el rito de ascensión pura a los cielos no está permitido a los veladores!

—Amigo...eso es trabajo de los sacerdotes, y si lo estabas hablando en latín, o yo no sé qué, entonces le debiste de haber sacado un buen susto al dueño. —Heinrich sirvió la bebida y se acomodó frente a Vincenzo.

—¿Sacerdotes?! ¡Bah! En este mundo todo lo que oigo es Dios esto, Dios lo otro, bla bla bla. ¿En dónde quedaron los ritos?

—Verás Vincenzo, tu sociedad, u orden, veneraba a al diablo...creo que explica mucho.

—¡Pero...! Ay ¿A quién engaño? —Vincenzo le dio un buen trago a su bebida.

—¡Soy un estúpido mago oscuro que se la pasó dormido 500 años! ¿A quién le importa?

—Vince...

Vincenzo volteó a ver a Heinrich y miró a su alrededor. Las copas de los comensales flotaban y una llamarada salía del interior de las mismas. El vidrio de la barra estaba fragmentado y un pentagrama estaba a medio dibujar en la gabradina de Vincenzo. Todos miraban y habían escuchado al mago mientras permanecían en silencio, aterrorizados.

—Demonios, otra vez...—Vincenzo tronó los dedos y el mundo se detuvo alrededor de él y de Heinrich.

—Ayúdame a limpiar esto Vince —dijo Heinrich—Es la tercera vez esta

semana, deberían darme un bono.

—Lo siento amigo...

—No pasa nada

Vicenzo sonrió y se puso de pie. Se dirigió al cuarto de servicio para sacar un vidrio de repuesto y algunas copas.

—¡Oh! Vince...

—¿Si Heinrich?

—Recuerda borrar la memoria de éstos pobres.

—¡No hay problema!—dijo Vince levantando su pulgar con una sonrisa que cubría su cara.

Y así amigos, empezaba un nuevo capítulo en la vida de Vicenzo, el mago oscuro.

## Capítulo 2

Era una cálida noche de verano en el pequeño pueblo de Mirgrad. Todos los pueblerinos estaban en sus casas, disfrutando de un descanso bien merecido después de una noche de festejos sin parar. El olor a comida, cerveza, pólvora y humo de cigarro sazonaba el curioso ambiente de aquel pequeño pueblo alemán. La paz se podía respirar en el aire. Las familias se acurrucaban en sus sillones a ver T.V o a cenar, para después caer rendidos por el sueño y recargar sus energías para despertar de nuevo al día siguiente y continuar con la rutina. Después de todo, los festejos durarían todo el año.

¡Ah, Si! A la gente de aquel pueblo le encantaba la fiesta, y más si estaba relacionada con la historia. Vivían en una ignorancia tan densa, que cualquier cosa era de alegrarse.

A la media noche, todos dormían, excepto Vincenzo. Trataba de cocinar. La cocina de su apartamento era un desastre, cosas por todos lados le daban una mirada desoladora. Vincenzo había jurado no usar magia para cosas comunes; trataba de adaptarse al mundo del siglo 21, lo cual no le estaba resultando para nada. Él venía de un tiempo en que los de su especie usaban magia para todo lo que se les ocurriera, incluso hasta para las cosas más triviales como cocinar. En efecto, Vincenzo era un tanto inútil, pero trataba de revertir su situación día a día. Heinrich le había enseñado algunas cosas, pero le costaba aprender, y muchas veces terminaba incinerando lo que estuviera a su alcance; sus problemas de ira eran bastante persistentes, y era su mayor obstáculo a la hora de aprender algo nuevo.

"Que los demonios del infierno arrastren este lugar a los fuegos eternos" pensaba Vincenzo mientras trataba de apagar una llama que había surgido en un trapo. Cocinar no estaba resultando tan fácil como la televisión lo mostraba.

"Estúpido horno, estúpido sartén, estúpido siglo 21" Su paciencia se estaba terminando.

De repente, un ruido se escuchó en la barra detrás de él. Volteó rápidamente, pero no vio nada. Volvió a fijar su vista en la verdura quemada del sartén, pero el ruido volvió a escucharse. Vincenzo dejó el sartén y se acercó a la barra. Todo estaba en su lugar. El mago se quedó mirando la barra y se volteó, pero en cuanto lo hizo, el ruido apareció de nuevo. Vincenzo volteó una vez más, pero no había nada.

Gran sorpresa se llevó el mago cuando volteó a la estufa de nuevo y se encontró a nada más y nada menos que a una persona frente a sus

narices. Saltó del susto.

—¡Ricciardo! ¿Qué te he dicho de aparecer así?

—¡Hermano! En verdad que te has vuelto más humano ¿Qué dice el mundo mortal?

Ricciardo, el hermano mayor de Vincenzo. Gran mago oscuro, peleó junto a su padre contra los humanos. Fue asesinado públicamente en una plaza francesa a mediados del siglo 16. A diferencia de Vincenzo, Ricciardo tenía un gran poder y una gran concentración. Su poder se fue con él a la tumba, lo que le permitió manifestarse como un fantasma cada vez que lo deseara. La mayoría de las veces, usaba su poder para asustar a su pobre hermano menor.

—El mundo mortal...es basura. —decía Vincenzo mientras se quitaba el delantal que traía puesto.

—Ya veo hermano ¿Qué hacías? ¿Practicabas telekinesis?

—Se llama cocinar...los humanos lo hacen para preparar comida

—Oh ya veo hermano, creo que no te va bien...

—No, soy terrible.

Ricciardo soltó una carcajada y desapareció, para luego reaparecer sentado en la barra con una manzana verde en la mano.

—¿Sabes hermano? Aún no logro comprender una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Por qué no pones a los hechiceros de vuelta en el mapa?

Vicenzo volteó con una mirada de indiferencia.

—No tengo necesidad.

—¡Oh, vamos hermano! Sería genial que fuera como los viejos tiempos. Magia, terror, demonios... ¡Ah! qué tiempos.

Vicenzo se sentó en un banco alto que tenía en su cocina.

—Los humanos no son tan malos.

Ricciardo se levantó abruptamente y liberó un campo de fuerza que



mandó a volar varios utensilios de la cocina.

—¡Mataron a mi padre! ¡Me mataron a mí! ¡Y dices que no son malos!  
¡Que el diablo me cargue!

Vicenzo se quedó sorprendido ante la reacción de su hermano.

—Ricciardo...cálmate.

—¡Cállate Vicenzo! Siempre sospeché que admirabas a los humanos,  
sobre todo después del incidente con nuestra madre

—Hermano...

—¡Hermano nada! A veces me pregunto si realmente eres hechicero...

Vicenzo se quedó callado, con los brazos cruzados. No encontraba  
palabra alguna para responder.

Pasaron algunos minutos y a Vicenzo le pareció extraño ver a Ricciardo  
parado, sin hacer nada.

—¿Hermano? ¿Ricciardo? ¡Ricciardo!

Ricciardo no se movía.

Vicenzo se puso de pie y se colocó frente a su hermano. La expresión en  
la cara de su hermano era fría y no movía ni los ojos. Es como si el tiempo  
se hubiera detenido alrededor de él.

Vicenzo no soportó más ver a su hermano congelado y lo tomó de un  
brazo, pero se desvaneció. Su hermano se diluyó como polvo en el aire, al  
igual que toda la realidad a su alrededor. De un momento a otro, Vicenzo  
se encontró en la dimensión conocida como Mindscape.

"¡Vamos! no de nuevo. Odio este maldito lugar"

El Mindscape era una dimensión alterna en donde los hechiceros iban a  
meditar o a hablar con los demonios con los que hacían tratos por poder.  
Aquella dimensión estaba poblada en los tiempos de auge de los  
hechiceros, pero ahora, era desoladora, ningún alma más que la de  
Vicenzo se encontraba ahí. Su única compañía eran los fragmentos de  
memoria que flotaban en la sustancia de aquella dimensión. Memorias de  
todos los grandes hechiceros, las cuales aguardaban el momento de su  
resurrección de sus amos.

De repente, una entidad apareció frente a Vicenzo. Se trataba de Madame  
Demí. Una dama que tenía control sobre el Mindscape, heredera del poder



del mismísimo maestro del mal en persona. A menos eso decían las leyendas.

—Vicenzo, mago oscuro de las tierras desoladas de Myiin; hijo de Trujin y Scarlett; heredero de...

—Sí, sí, sí, ya lo sé madame, puede decirme Vince ¿Por qué estoy aquí?

La dama calló y miró fijamente a Vicenzo.

—Estás aquí porque el tiempo del despertar ha llegado.

—¿El despertar? Gracias por la oferta madame, pero si me permite, tengo hambre y quiero cocinarme algo

—¡Vicenzo! —Toda la dimensión se sacudió— ¡Vuelve acá insolente pedazo de escoria!

Vicenzo se volvió hacia la dama.

—Tu eres el único que queda, solo tú puedes traer a los hechiceros y brujas de vuelta, solo así la oscuridad estará de nuevo en balance con la luz.

—Madame, disculpe mi "insolencia". Sinceramente no tengo deseos de eso, solo quiero vivir los años que me quedan y convivir en paz

La dama se bajó de su trono y caminó hacia Vicenzo. Acto seguido, lo levantó en el aire.

—Escúchame aborto de bruja, ya me cansé de tu actitud. Desde que despertaste solo te has dedicado a hacerte tonto y denigrar el significado de hechicero. Si no lo haces tú, entonces yo lo haré.

—¿Hacer qué madame? —preguntó Vicenzo con una voz leve.

—Voy a llevar a cabo el despertar, pero no creas que me olvido de ti, insolente. No esperaré 500 años para liberar el infierno en la Tierra. Por tu insolencia, los demonios que libere no solo atacaran a los humanos, también te atacarán a ti y espero que mueras.

Vicenzo cayó al suelo y comenzó a sudar. Miraba desde el suelo a aquella demoniaca mujer que se alejaba hacia un portal que ella misma había abierto.

—Ahora vete Vicenzo y sufre el destino que tú mismo te has impuesto

como consecuencia de tu negligencia

Vicenzo cerró los ojos y en cuanto los abrió, se dio cuenta de que Ricciardo estaba parado frente a él. Estaba en el suelo.

—Hermano, hermano ¿Estás bien?

Vicenzo se levantó lo más rápido que pudo, tomó su gabardina y abrió la puerta de su apartamento.

—¿A dónde vas?

—Luego te explico, necesito ver a Heinrich

Ricciardo se quedó perplejo ante la reacción de su hermano. Se desvaneció y volvió al limbo.

Mientras tanto, Vicenzo corría y se transformaba en un cuervo para encontrar a su amigo Heinrich, el cual, no sólo era un barman común y corriente, como muchos en el pueblo creían.

## Capítulo 3

El mago llegó a la casa de Heinrich, la cual se encontraba en la esquina de una calle que parecía aislada del resto del pueblo. La casa databa de unos 50 años de existencia, y contaba con un pésimo mantenimiento que Heinrich no podía pagar. Como fuera, trataba de pagar todas las deudas de su morada y trataba de ser feliz como todo el pueblo.

Vicenzo se acercó casi corriendo a la puerta y tocó varias veces.

—¡Heinrich! ¡Heinrich, ábreme! —gritaba Vicenzo.

Después de unos minutos Heinrich abrió la puerta, estaba exhausto y se notaba que se había despertado por los gritos del hechicero.

—Demonio Vince, es la madrugada y solo a ti se te ocurre venir a tocar como mujer loca a mi casa. —Heinrich dejó pasar a Vicenzo—¿Qué sucede? ¿Tu microondas voló de nuevo?

—No Heinrich, ha pasado...—Vicenzo no pudo articular otra palabra y se quedó mirando fijamente a su amigo.

—No me digas que...

—Sí Heinrich, por tu cara creo que ya sabes qué es.

Heinrich se quedó con los ojos fijos en Vicenzo y no podía hilar otra oración.

—Ven, sígueme.

Heinrich guio a Vicenzo hasta un cuarto escondido en la casa. Dentro del cuarto había incontables libros, todos acomodados en orden alfabético y en estantes que llegaban hasta el techo. Todas las paredes estaban cubiertas por estantes. Al fondo, se encontraban dos mesas de madera, sobre las cuales había papeles, dibujos, discos y demás cosas. En una de las esquinas del cuarto se hallaba el objeto más interesante, la computadora de alto rendimiento de Heinrich. Contaba con varios monitores de alta definición, varios módems y dos teclados; en efecto era el sueño de cualquier fanático a las computadoras.

Heinrich sacó un libro de uno de los estantes y lo llevó a la mesa. Rápidamente lo abrió y buscó una página en especial.

—¡Aquí está Vince! —Heinrich se entusiasmó—El despertar. Desde que me

contaste la historia de este evento no he dejado de estudiarlo.

Resultaba que Heinrich trabajaba como barman debido a que había sido despedido de su trabajo en una compañía en Berlín. Heinrich era un programador muy habilidoso y eso le valió varios premios, pero también le valió una persecución policiaca y un exilio. Heinrich no tuvo de otra más que mudarse y establecerse en aquel pueblito para evitar ser encontrado y que presentaran más cargos en su contra. En sus tiempos libres, disfrutaba de investigar sobre lo insólito y lo sobrenatural y con el tiempo se hizo una especie de adicto a los libros de esoterismo y magia.

Vicenzo y Heinrich se hicieron buenos amigos hace algunos años, debido a que se ofrecieron protección mutua y una amistad que resultaría benéfica para ambos. Sobre todo para Heinrich, que necesitaba un guardaespaldas y un amigo.

—Vamos a ver. —Heinrich se puso sus lentes y comenzó a leer—. Aquí dice que el despertar estará precedido por caos, muerte y destrucción bla, bla, bla. —Heinrich ojeaba rápidamente los párrafos—. Estos eventos estarán acompañados por 7 demonios (¿Por qué siempre son 7?) los cuales simbolizan los pecados y las fallas más recurrentes de la humanidad: Ira, Pereza, Soberbia, Avaricia, Lujuria, Envidia y Gula.

—Genial ¿Y cómo se supone que combatiremos eso? ¿Con libros sagrados?

—No tengo idea Vince, tendremos que improvisar sobre la marcha ¿Qué tal está tu magia?

—Pues ha estado bien, aún recuerdo mis hechizos.

—Tenemos que estar alerta. Tú eres el único que puede detener esto.

—¿¡Estás loco Heinrich?! —Vicenzo gritó—. Creo que el ejército puede desintegrar a estos demonios de manera fácil.

—No es así Vince, según lo que dice aquí “los demonios solo se detendrán por aquello que los contradiga”

—¿Y eso qué?

—Pues creo que se refiere a que si vamos a destruir a la Ira, no debemos atacarlo con furia, sino que debemos atacarlo con calma y con una estrategia pasiva.

Vicenzo se quedó mirando seriamente a Heinrich

—Que tontería. —Se volteó y empezó a caminar hacia la salida.

—¡Espera Vince!

Vicenzo se detuvo.

—Vamos amigo, estaremos juntos en esto. Yo te ayudaré con lo que necesites.

Ahora el mago estaba en un dilema. Se había jurado nunca volver a usar su magia en público, pero ahora tendría que hacerlo para el bien común. La ironía llamaba a las puertas de su conciencia, por lo que no tuvo más remedio que aceptar lo que el destino le había acabado de proponer.

—Heinrich, sé que esto me va a delatar y que seguramente la gente me verá como el fenómeno que soy, pero quiero hacer algo productivo en mi vida de una vez por todas.

—¡Así me gusta! —Heinrich se apresuró hacia Vicenzo—. Ve a descansar Vince, yo trabajaré en unas ideas que tengo para ayudarte. Si ves algo extraño no dudes en llamarme.

Vicenzo sonrió y con un apretón de manos se despidió de su amigo. Al salir de la casa, se convirtió en un cuervo de nueva cuenta y voló hacia su apartamento. Una vez que llegó, tranquilamente se recostó en el único sillón de su sala y se durmió rápidamente.

## Capítulo 4

Al día siguiente, Vincenzo despertó a la misma hora. Se dio cuenta de que aún estaba a tiempo de desayunar algo que le llenara el estómago, así que se decidió a ir a la cocina y preparar un buen plato de huevos estrellados y tocino.

Durante la mañana, no pensó mucho en su encuentro con Heinrich, ni todo el ocultismo detrás de su embrollo. Él solo se centró en los pendientes del día.

Todo ese día fue sumamente tranquilo. Todo el día paseó por el pueblo; comprando cosas y admirando a la gente que pasaba a su alrededor. Todo parecía muy tranquilo, hasta que llegó la noche.

Vicenzo estaba sentado en su lugar de costumbre en el bar de Heinrich, llevaba la mitad de su vaso de escocés consumido. Heinrich, por su parte, estaba nervioso y tenía la radio a todo volumen. Varios tarros y bebidas se le tropezaron esa noche. Definitivamente no era la mejor noche del barman.

La gente del bar bebía a montones y despilfarraba el dinero en licores que no valían para nada la pena. En efecto, parecía como si hubieran adelantado los días festivos. Para el bar, era una de las mejores noches; pero se sentía un aire extraño que entraba desde la puerta y las ventanas.

Dieron las 11:30 y todo el lugar se oscureció. El radio quedó silenciado y no se oía ni una sola alma.

Vicenzo se levantó rápidamente de su lugar y observó a Heinrich, el cual estaba petrificado, al igual que las demás personas en el bar. Corrió hacia la salida y se dio cuenta de que todo el pueblo estaba en tinieblas. La gente de las calles estaba petrificada. El miedo invadía al mago como veneno, pero trataba de mantenerse valiente.

—Vicenzo. —La voz de Madame Demí sonó a sus espaldas, pero no veía a la bruja.

—Tú y tu amigo han hecho bien en hacer su tarea e investigar cómo detener el despertar. —La bruja soltó una risa burlona—. Pero lamento decirte que tu amigo falló en traducir los escritos del despertar. Solo para ayudarte, los demonios que te atacarán, no son pecados con cuerpo, sino tus peores miedos. Empezando por la oscuridad. —Madame Demí desapareció.

Una gota gruesa de sudor recorría la frente de Vincenzo. Recordó entonces que tenía pánico de la oscuridad completa. Por alguna razón, la oscuridad siempre lo aterró. Desde muy pequeño siempre se mantenía al lado de la hoguera de su casa y evitaba dormir solo. Con el tiempo, aprendió a dormir solo, pero a veces su miedo le daba noches de insomnio que parecían eternas. Esa era una de las razones por las cuales visitaba el bar de Heinrich tan a menudo.

Estupefacto, comenzó a mirar a todas partes, hasta que pudo divisar una figura deforme en el horizonte. Parecía la figura de un hombre encorvado que se acercaba lentamente. Una risa macabra salía de aquella figura.

Vincenzo hizo aparecer fuego en sus manos, en caso de que la figura atacara.

—Yo soy Draken, demonio de la oscuridad. Yo soy quien te atormenta cuando duermes y quien asesina tus sueños, hijo de Scarlett.

“¿Draken?” Vincenzo pensó. No le venía a la mente ningún recuerdo reciente, pero recordó una vieja historia de hechiceros que hablaba de Draken, “el brujo encorvado viene por ti”. Parecía un cuento de niños, pero grande fue la sorpresa de Vincenzo al darse cuenta de que era el mismo brujo que estaba por atacarle.

Draken se desvaneció y empezó a aparecer en diferentes posiciones. Vincenzo comenzó a lanzar bolas de fuego a todas direcciones, pero no lograba asestarle un solo golpe al endemoniado brujo. Ciertamente, había perdido práctica y al cabo de unos minutos, empezó a cansarse, por lo que sus bolas de fuego perdieron intensidad.

De repente, Draken se materializó detrás de Vincenzo. Le sacó un susto que hizo que se cayera de golpe al asfalto.

—Eres una decepción, Vincenzo. —Ahora Draken se transformaba de una silueta encorvada a un monstruo horrendo con una voz tan grave que era difícil distinguir lo que decía. —Has fallado a tu especie y por eso debes perecer ante tu miedo más grande ¡Muere!

Draken levantó sus garras y justo cuando las iba a dejar caer sobre el pobre mago, una luz resplandeciente partió la cabeza del monstruo en dos. El cuerpo del monstruo cayó de lado.

Vincenzo estaba sudando frío y estaba completamente en shock.

De las tinieblas, surgió una mujer alta, de cabello negro, con unos alucinantes ojos verdes. Vestía un atuendo rojo que se ajustaba a su



figura.

—Vicenzo, debes tener más cuidado bombón

Vicenzo reconoció a la mujer inmediatamente.

—¿Gin? ¿Cómo demonios...?

—No puedo explicarte ahora Vince, pero con el tiempo comprenderás. Necesitas practicar tu puntería y tus hechizos elementales ¿Sabes?

—Gin, necesito que...—La mujer tapó la boca de Vicenzo usando su dedo índice.

—¡Sh! Como dije, comprenderás después. —La mujer sonrió.

Antes de que Vicenzo pudiera articular una palabra, las tinieblas desaparecieron y el pueblo volvió a la normalidad. El mago estaba sentado en medio de la calle, no sabía que pensamiento seguir. En cuanto se recuperó, fue corriendo lo más rápido posible al bar, pero para su sorpresa, Heinrich ya no estaba. Al parecer el tiempo si había transcurrido, pero todos excepto él lo habían notado.

Vicenzo se convirtió en cuervo y de nueva cuenta, voló lo más rápido posible hacia la casa de Heinrich.

## Capítulo 5

–iHeinrich! iHienrich! – Vincenzo tocaba incesantemente la puerta.

Unos pasos se escucharon de la casa. Era el barman que había sido despertado por los ruidosos golpes en su puerta. Con tan solo una bata encima y los párpados que se le cerraban involuntariamente, abrió la puerta.

–iPor fin! – El mago se abalanzó hacia su amigo y lo tomo por el cuello de la bata.

–Vincenzo, por el amor de de todo lo bueno, ¿Por qué no vienes mañana por la tarde? ¿Tienes idea de qué hora es? – La molestia en la voz de Heinrich se hacía evidente.

El mago, confundido, salió de su trance y soltó a su amigo.

–Lo siento Heinrich. Pero ha pasado algo inexplicable, primero...

–iSh! Baja la voz. – dijo Heinrich enojado –. Ven, entra, no es como que tenga sueño aún.

El sarcasmo se hacía más que evidente.

Ambos amigos se sentaron en la pequeña cocina de la casa. La luz amarillenta que iluminaba aquel cuarto lastimaba los ojos de Heinrich que tan solo pedía que la plática fuera breve para irse a descansar de una vez por todas.

–Bien Vince, cuéntame qué sucedió.

Vincenzo se acomodó en su asiento y los ojos se le abrieron a medida que recordaba lo que había sucedido.

Un pensamiento asaltó su mente.

–Antes que nada, quiero aclarar algo, porque no soporto tener en la mente ese detalle. – El mago inclinó su cuerpo hacia el frente –. El mundo se petrificó ante mí. Hasta tú estabas totalmente rígido; pero, una vez que todo volvió a la normalidad...todos se habían ido y el bar estaba cerrado.

Heinrich miraba con extrañeza.

– Ahora que lo dices, no percibí nada de eso.

– Pero eso quiere decir que el tiempo transcurrió para ustedes, pero no para mí, no lo comprendo.

–Espera Vince...– Heinrich comenzaba a quitarse el sueño de encima –. Hoy en la noche, no estaba en el bar, ¿O sí?

El corazón del mago empezaba a latir más fuerte.

– Claro que si. Recuerda que estábamos atentos a la radio, se te cayeron varias cosas.

El rostro de Heinrich permanecía como una roca, tan solo miraba el suelo. Trataba de recordar, más no pudo, fue inútil.

– Me parece que no lo recuerdo Vince...

Vicenzo se puso de pie y comenzó a caminar erráticamente de un lado a otro. Se tomaba los cabellos y los tiraba fuertemente. No podía creer lo que había pasado. Él recordaba y le desesperaba el hecho de que su amigo no lo hiciera. ¿Cómo era posible?

– Escucha Vince, tienes que seguirme contando, concéntrate.

El mago se tranquilizó y finalmente decidió recargarse en el viejo refrigerador de su amigo. Suspiró.

– Bien. Aquí vamos. Resulta que el mundo se detuvo frente a mí y ¿Qué es lo próximo que veo? A Draken, un poderoso mago que usaban para crear historias de terror para los niños de mi época. Lo combatí, pero me era imposible vencerlo...

–¿Y qué pasó después?

Vicenzo caminó con pasos agrandados hacia su amigo.

– ¡Oh! Aquí viene la parte interesante. –Una sonrisa se dibujó en su rostro –. Gin apareció y venció a Draken. ¡Así! en un parpadeo.

Heinrich trataba de recordar el nombre. Hasta que a su mente vino una de las incontables borracheras al lado de su mágico amigo y con este recuerdo, las risas y el drama de las confesiones bajo el exceso del alcohol barato de aquel pueblo.

–¿Gin? ¿Te refieres a esa bruja que no viste jamás después de...?

–¡Sí! ¡La mismísima!

Vicenzo interrumpió a Heinrich, no deseaba escuchar más detalles, al menos no de una boca ajena.

– Vaya...¿Y a qué crees que se deba su aparición?

– No tengo la más mínima idea Heinrich, pero esto me está volviendo loco. Es decir, que aparezca Draken es algo inusual, pero Gin...

El mago había perdido el aliento por pronunciar todas esas palabras de manera ridículamente rápida. Una vez más dejó caer su cuerpo sobre una de las sillas del comedor. La cabeza le daba vueltas y tan solo deseaba respuestas.

–Escucha Vince, no tengo ni la más mínima idea de lo que ha sucedido, pero... – Heinrich dudaba –. Creo que sé quien nos dirá más detalles.

Los ojos de Vicenzo se iluminaron.

– ¿Ah sí? ¿A quién tienes en mente? – Cruzó los brazos.

Heinrich se puso de pie.

– ¿Aún recuerdas el hechizo que usaste para revivir a mi gato?

El semblante del mago cambió repentinamente.

–Por supuesto. Muy mala idea por cierto.

Heinrich sonrió de manera pícara.

– Iremos al cementerio Vince.

## Capítulo 6

Los dos amigos se dirigieron de manera silenciosa hacia el cementerio del pueblo. El sol no daba indicios de levantarse temprano y la penumbra invadía cada rincón de aquel pintoresco lugar.

Caminaron durante un corto periodo de tiempo, hasta que llegaron a la reja que separaba el cementerio del resto del mundo.

Con sólo una linterna en mano, los dos hombres escalaron cuidadosamente la reja, con esperanzas de no hacer el suficiente ruido para despertar al velador.

–Esto definitivamente no es para mí. –Susurró Heinrich a medida que trataba de poner ambas piernas del otro lado de la reja.

Vicenzo simplemente chasqueó los dedos y se elevó por arriba de la reja, hasta que aterrizó delicadamente del otro lado.

Heinrich se dejó caer al suelo y sus piernas resintieron el peso de su cuerpo. Una nube de polvo se levantó a su alrededor.

– Podías teletransportarte y dejar de presumir, ¿Lo sabes? – Heinrich estaba celoso.

– Me conoces bien. – Vicenzo contenía las carcajadas dentro de sí mismo.

Una vez dentro, comenzaron a caminar por los diferentes caminos que formaban las lápidas en aquel lúgubre lugar. Heinrich apuntaba su linterna a casi cualquier tumba que se encontrara en su camino y a medida que lo hacía, su ceño se fruncía más y más.

–¿Qué buscamos exactamente? – preguntó el mago.

– No qué, sino a quien.

Heinrich apresuraba el paso.

– Si mi memoria no falla, en uno de mis libros se menciona a un notorio mago que vivió por éstas tierras hace tiempo. Las leyendas lo llamaban Kloj, el sabio. Al parecer acudían a él por su habilidad para recordar el pasado y leer el futuro.

Vicenzo trataba de recordar el nombre, pero por más que se esforzaba, no recordaba tal personaje. La historia no era su fuerte y los nombres, aún

menos.

—¿Y cómo sabremos cuál es la tumba correcta? Podría haber desaparecido hace años.

— No te preocupes mágico amigo, si los libros no se equivocaron...

Heinrich acortó sus pasos y se movía cautelosamente. Habían entrado a una parte muy antigua del cementerio. Todo era tierra y muchas de las tumbas estaban rotas o por desmoronarse por completo.

La luz de la linterna iluminaba tenuemente las tumbas alrededor. Nombres, epitafios y la ocasional broma de algún chistoso del pueblo se dejaban ver. La hierba de aquella sección ya no crecía; sin embargo, la poca hierba seca que crecía parecía emanar de un lugar en común.

—Aquí está.

Heinrich se acercó rápidamente hacia una lápida y la iluminó directamente. Una inscripción se dejaba ver.

“Morir para no vivir. Conocer para no ignorar”.

Vicenzo se quedó reflexionando aquellas palabras, pero no les encontraba mayor significado. Al menos no despertaban nada en él.

—Espera. —El mago paró en seco a unos cuantos metros de la tumba—. ¿Cómo sabes que es la correcta?

—Parecerá simple, pero la verdad es que alguien decidió representar el lugar de entierro de Kloj en una pintura que se encuentra en el museo del pueblo.

Heinrich se regocijaba en su conocimiento. Vicenzo por otra parte, se sentía ignorante. Jamás había puesto un pie dentro del museo, o cualquier centro cultural desde que despertó de su hibernación.

—En fin. Hora de revivir a nuestro hombre, Vince.

El mago caminó con pasos grandes hacia la lápida; apartó a su amigo del camino y se colocó justo frente a ella. Estiró sus brazos, su espalda, su cuello y sus piernas. Trotó en su lugar y se sacudió.

“Fantoche” pensó Heinrich.

El mago se agachó y puso sus manos sobre la tierra. Sus ojos se tornaron de un color negro profundo. Sus vestiduras comenzaron a flotar como si un ventilador estuviera justo debajo de él. Un círculo de fuego morado se

formó a su alrededor. Las llamas eran pequeñas, pero emanaban un calor que era perceptible a unos cuantos metros de distancia. La tierra comenzó a temblar y el cielo comenzó a cerrarse. Los relámpagos empezaban a aparecer justo arriba de la cabeza de aquellos dos hombres.

Una ligera gota de sudor recorrió la espalda de Heinrich.

El viento comenzó a soplar de manera violenta. Las llamas moradas crecían de tamaño y de igual manera, los relámpagos en tamaño e intensidad.

La piel de Vincenzo se hacía aún más pálida de lo que ya era. Inhalaba y exhalaba de manera profunda. El aullido del viento era insoportable. La tierra se quebró justo en el punto de entierro.

Heinrich simplemente alejaba su cara del calor. Era incapaz de moverse, el pánico lo había petrificado y lo había dejado clavado en la tierra como una estaca.

Todo apuntaba a que en algún momento, el mundo y la realidad se partirían en dos. De repente, todo se calmó.

El mago se puso de pie y retrocedió hasta que se emparejó con su amigo el barman, el cual limpiaba discretamente las gotas de sudor de su frente.

—¿Eso fue todo? —preguntó Heinrich.

—Espera. —Vincenzo cruzó los brazos.

Unas manos surgieron de la tierra y junto a ellas, un olor a putrefacción que hacía retorcer las narices de aquellos dos hombres.

Pronto, una cabeza salió, un torso y unas piernas. El antiguo mago se había despertado de su letargo. Se puso de pie con la velocidad de una tortuga herida, acomodó la poca barba que aún permanecía pegada a su cara y miró sin emoción o expresión alguna al mago y a su amigo.

Tanto Heinrich como Vincenzo sentían el miedo en el aire y uno esperaba a que el otro pronunciara la primera palabra y rompiera el hielo.

—¡Oh, gran Kloj! —Heinrich dio un paso hacia el frente e hizo un gesto de reverencia—. Acudimos a tu inmensa sabiduría porque reconocemos tu poder y clarividencia. Por favor, permítenos una audiencia y prometemos que haremos uso debido del conocimiento que nos transmitas.

El muerto se acercó al barman. Sus ojos estaban fijos en él. Solo el aullido



del viento se escuchaba.

—¡Malditos! ¿Saben lo difícil que es morir de nuevo?

Heinrich dio un salto del susto y se colocó detrás de Vincenzo.

—Kloj esto, Kloj lo otro ¡Ya había muerto! ¿Por qué deciden traerme de nuevo a este basurero?

Vicenzo empujó ligeramente al muerto viviente.

—¡Hey! Tranquilo anciano.

—¿A quién llamas anciano mago de...?

El joven mago usó una pequeña ráfaga de viento para alejar a Kloj.

—¡Dije atrás! Maldita sea...solo queremos que nos respondas una cosa.

El muerto cruzó los brazos.

—¡Bien! ¡Bien! Más vale que haya valido la pena. Gastaste mucha energía en ese conjuro jovencito.

Vicenzo hizo caso omiso a las palabras del muerto. Por un momento había olvidado la pregunta que iba a hacer.

—El despertar. ¿Cómo lo detenemos?

El muerto cruzó los brazos y acariciaba los putrefactos vellos de su barba.

—El despertar...no pensé que llegaría tan pronto.

—Concéntrese Kloj. Queremos respuestas concisas.

—De acuerdo, de acuerdo. —El muerto volvió a la lápida y se sentó, aun acariciando su barbilla—. El despertar vendrá cuando los siete miedos del elegido se hayan manifestado. Éste debe de enfrentarlos y salir victorioso, de lo contrario perecerá y será condenado a una prisión de magia por el resto de su vida mortal e inmortal.

—¿Eso es todo? ¿Una prisión?

—Ahora tú ten paciencia, joven. Hay consecuencias más allá de esto. Si el elegido falla, los miedos restantes seguirán apareciendo y destruirán a cualquier mortal e inmortal que encuentren a su paso. Una vez que el mundo haya sido arrasado, la magia desaparecerá y nadie podrá detenerlos. Quien controle a los miedos del elegido, controlará el mundo

físico y mágico.

El muerto ahora miraba con extrañeza a Vincenzo.

—No me digas que tú eres el mago elegido.

Heinrich se asomó por arriba de uno de los hombros de su amigo y asintió con la cabeza.

—No puede ser. Mátenme de nuevo. No, mejor incinérenme.

Vicenzo no se vio afectado por la actitud pesimista de Kloj.

—Como sea, ¿Cómo lo detenemos?

El anciano se puso de pie y se acercó de nueva cuenta a Vincenzo.

—Tienes que vencer a las manifestaciones de tus miedos. En pocas palabras, sobrevive y no dejes que la magia se destruya. Aunque por lo que veo, no nos queda mucho tiempo.

El anciano y Vincenzo no despegaban la vista uno del otro. Un chasquido salió de una de las manos del mago italiano. Kloj de nueva cuenta había quedado reducido a un montón de huesos.

Heinrich salió por las espaldas de su amigo.

—¿Cómo lo hiciste? Dijo que no teníamos idea de lo que costaba morir de nuevo.

Vicenzo se alejó de los restos con una sonrisa de orgullo en la cara. Heinrich se apresuró para alcanzarlo.

—El conjuro es una versión de mi cosecha. Revives a alguien y lo puedes deshabilitar en cualquier momento; sin embargo, esto no significa que muere. Nuestro amigo Kloj está en suspensión por así decirlo.

A la distancia, los ojos del cadáver del sabio Kloj miraban con enojo a Vincenzo y a su amigo el barman. Incapaz de moverse, permanecería en el suelo hasta que el joven mago se decidiera a chasquear los dedos de nuevo.

—Admítelo Vince, estabas petrificado del miedo.

—¿Más que tú? Deberías ver las manchas en tus axilas.

Heinrich se molestó, pero guardó esa molestia para otro momento. Por

otra parte, Vincenzo reía silenciosamente a medida que caminaba hacia la reja.